

El mono del puerto de Alejandría lleva un pequeño justillo rojo y un sombrero a juego; tiene la espalda curvada y suave como un perrito, pero mira al muchacho con una cara inexpresiva, curiosamente humana.

El grumete —un mozuelo de una familia de la isla de Man— mira al mono y el mono lo mira a él. El animal ladea la cabeza, los ojillos relucen como cuentas de cristal, parlotea suavemente haciendo un ruido vibrante, con una voz ligera y aguda. Al muchacho le recuerda a un instrumento que toca su tío en las celebraciones de la isla y, por un momento, vuelve a la bendición de su hermana en la iglesia tras dar a luz, a la boda de su primo, a la seguridad de la cocina de su casa, donde su madre estaría limpiando pescado, recordándole que tuviera cuidado con las botas, que se limpiara la pechera de la camisa, que terminara de comer. Su tío tocaría su flauta y todo el mundo hablaría la lengua en la que se ha criado él, nadie le gritaría ni le daría patadas ni le diría lo que tenía que hacer, y quizá después cantarían y bailarían.

Se le llenan los ojos de lágrimas y el mono, que sigue mirándolo, le tiende la mano con una expresión sensible y comprensiva.

Los dedos de la mano del mono le resultan conocidos y extraños al mismo tiempo. Negros y lustrosos, como la piel de las botas, con unas uñas como pepitas de manzana. Sin embargo la palma es estriada, igual que la suya, y allí mismo, bajo las palmeras que flanquean el muelle, se establece entre ellos la corriente de afinidad que puede darse entre un humano y un animal. El mozuelo toca la cadena de oro como si la tuviera él al cuello; el mono ve la tristeza del chico, la añoranza del hogar, los moratones de las piernas, las ampollas y los callos de los dedos, la piel pelada de los hombros debido a la quemadura implacable del sol durante meses en el mar.

El chico da la mano al mono y el mono la acepta. El animal se la aprieta con una fuerza sorprendente que habla de inminencia, de maltrato, de necesidad, de deseo de compañía amable. El mono trepa por el brazo del muchacho andando sobre las cuatro patas, llega a los hombros y se sube a la cabeza; y allí se sienta, con las patas entre el pelo.

El muchacho se ríe y levanta la mano para asegurarse de lo que está pasando. Sí, tiene un mono sentado en la cabeza. Lo inundan de pronto varios deseos contradictorios: echar a correr por el muelle y gritar a sus compañeros, miradme, mirad; contárselo a su hermanita, decirle, ni te imaginas lo que me

pasó, un mono se me sentó en la cabeza; quedarse con el mono, emprender la carrera, tirar de la cadena para quitársela al hombre de la mano, subir la pasarela a toda velocidad y desaparecer en el barco; y acunar al animalito en los brazos para siempre, no dejarlo marchar.

El hombre se pone de pie y señala al chico. Tiene la piel cubierta de hoyos y cicatrices, los dientes negros, un ojo distinto de otro, tanto en color como en dirección. Se frota los dedos indicando dinero en un lenguaje universal.

El niño hace un gesto negativo con la cabeza. El mono se agarra más fuerte y enrosca la cola alrededor del cuello del niño.

El hombre de la piel llena de marcas y cicatrices se agacha y coge al chico por el brazo. Repite los gestos. Dinero, insiste, dinero. Señala al mono y vuelve a hacer el mismo gesto.

El chico niega de nuevo, aprieta los labios, pone la mano protectoramente en la bolsa que lleva atada al cinturón. Sabe lo que le va a pasar si vuelve al barco sin comida, sin cerveza. Llevará para siempre en la memoria el recuerdo del látigo del alférez —doce veces en Malaca, siete en Galle, diez en Mogadiscio.

—No —dice el muchacho—. No.

El hombre suelta una retahíla de palabras furiosas en la cara del chico. La lengua de este sitio al que llaman Alejandría es cortante y afilada como la punta de un cuchillo. El hombre va a coger al mono, que parlotea y luego grita, un chillido agudo y penetrante de consternación, y se aferra al pelo del chico, al cuello de la camisa, clavándole las negras uñitas en la piel de la garganta.

El chico, al borde ya de las lágrimas, intenta retener a su nuevo amigo. Lo consigue un momento, lo coge del brazo, el cálido pelaje encaja perfectamente en su mano, pero el hombre tira de la cadena y el mono se cae entre gritos a los adoquines del muelle, se pone de pie, tiran de él otra vez y, arrastrándose y gimiendo, se va detrás del hombre.

Horrorizado, el chico lo ve marchar, la curva de la espalda, los movimientos de las patas para ir al paso de su amo. Se limpia la cara, los ojos, nota la cabeza desnuda, vacía, desea recuperar el momento perdido, tratar de convencer al hombre de alguna manera de que se lo dé. El mono era suyo, cualquiera podía verlo.

Lo que el chico no sabe —no puede saberlo— es que el mono le ha dejado algo suyo. En la refriega, se le han soltado tres pulgas.

Una de ellas llega al suelo sin ser vista y el chico la pisotea sin darse cuenta. La segunda se queda un rato entre el pelo claro y se dirige a la coronilla. Cuando el chico esté pagando en la taberna por una jarra de la cerveza local, la pulga saltará —un salto ágil y arqueado— desde su frente hasta el hombro del tabernero.

La tercera pulga del mono se quedará donde cayó, en un pliegue del pañuelo rojo que lleva el chico alrededor del cuello, el que le dio su amada en su tierra.

Más tarde, cuando el chico vuelva al barco a pasar la noche, y después de cenar unos frutos secos especiados y una curiosa empanada con forma de tortita, cogerá a su gato predilecto, un animal prácticamente blanco pero con la cola a rayas, y se acercará el hocico al cuello. La pulga, atenta a la presencia del nuevo huésped, saltará del pañuelo del chico al pelo espeso y blanquísimo del cuello del gato.

Este gato comenzará a encontrarse mal y, con la inequívoca sabiduría felina de reconocer a quienes lo aborrecen, se instalará al día siguiente en la hamaca del alférez. Por la noche, cuando el hombre vaya a su hamaca, maldecirá al animal, ahora muerto, que se encuentre allí, lo sacará sin ningún miramiento y de una patada lo mandará al otro lado del camarote.

Cuatro o cinco pulgas, una de las cuales procede del mono, se quedarán donde estaba el gato. La del mono es lista, se empeña en sobrevivir y triunfar en el mundo. Se abrirá camino a saltos y brincos hasta la fecunda y húmeda axila del alférez, que duerme y ronca, para atracarse de nutritiva sangre de marinero aliñada con alcohol.

Tres días después, cuando ya han sobrepasado Damasco y puesto rumbo a Alepo, el intendente va al camarote del capitán a informar de que el alférez está enfermo y confinado abajo. El capitán asiente sin dejar de examinar las cartas y el sextante y no le da mayor importancia.

Al día siguiente, cuando está en la cubierta superior, le dicen que el alférez está delirando, que echa espuma por la boca, que tiene la cabeza vuelta a un lado por un tumor que le ha salido en el cuello. El capitán frunce el ceño cuando el intendente le dice estas cosas al oído y luego da la orden de que el

médico de a bordo vaya a visitar a ese hombre. Ah, añade entonces el intendente, y al parecer han muerto varios gatos del barco.

El capitán se vuelve a mirarlo con una expresión de repugnancia y perplejidad. ¿Gatos, decís? El intendente asiente con respeto, bajando los ojos. Qué curioso.

El capitán lo piensa un poco más y chasca los dedos en dirección al mar. Tiradlos por la borda.

Cogen a los gatos muertos, tres en total, por la cola rayada y los arrojan al Mediterráneo. El grumete lo ve desde una escotilla de cubierta y se limpia las lágrimas con su pañuelo rojo.

Poco después arriban a Alepo, donde descargan más clavo y café y un buen puñado de ratas, que vuelan hacia tierra firme. El médico de a bordo llama a la puerta del camarote del capitán, que se encuentra conferenciando con su segundo sobre el tiempo y las velas.

—Ah —dice el capitán—, ¿cómo se encuentra el hombre... bueno, el alférez?

El médico se rasca la cabeza por debajo de la peluca y contiene un eructo.

—Muerto, señor.

El capitán frunce el ceño y mira al hombre de arriba abajo, se fija en la peluca torcida y en el fuerte olor a ron que despide.

—¿Por qué motivo?

El médico, mejor dotado para recolocar huesos y extraer muelas, levanta la mirada como si la respuesta estuviera en la baja tablazón del techo del camarote.

—De fiebre, señor —dice, con una beoda resolución.

—¿De fiebre?

—Fiebre africana —añade el médico arrastrando las sílabas—, en mi opinión. Porque se ha vuelto negro a trozos, ¿sabe?, en brazos, piernas y otras partes que no nombraré aquí, en este salubre espacio, motivo por el que debo concluir que habrá contraído la enfermedad y...

—Ya —lo corta el capitán.

Le da la espalda y vuelve a sus cartas; por su parte, no hay más que hablar.

El segundo de a bordo carraspea.

—Señor, dispondremos un entierro en el mar.

Envuelven al alférez en una sábana y lo llevan a cubierta. Los marineros que se encuentran más cerca se tapan la nariz y la boca con un paño: el hedor del cadáver es excesivo. El capitán lee unas breves palabras de la Biblia; también a él le afecta el tufo del muerto, a pesar de sus veinticinco años en la mar y la cantidad de funerales marinos que recuerda.

—En el nombre del Padre —recita el capitán levantando la voz por encima de las discretas arcadas que oye al fondo—, del Hijo y del Espíritu Santo encomendamos este cuerpo a las olas. Vosotros —dice, señalando a los dos marineros que están más próximos—: coged el... haced el... ah... sí... por la borda.

Los dos marineros se adelantan rápidamente, con la cara verde, levantan el cadáver y lo tiran por la borda.

La superficie agitada y ondulada del Mediterráneo envuelve el cadáver del alférez.

Cuando llegan a Constantinopla a recoger un cargamento de pieles destinadas al norte, han muerto ya todos los gatos y la población de ratas crea dificultades: roen los embalajes y llegan a las provisiones de carne en salazón, dice el segundo al capitán. Esta mañana había quince o dieciséis en la cocina. Los hombres están desmoralizados, dice, se pasan el día mirando la línea del horizonte por el portillo, y esta noche han caído enfermos unos cuantos más.

Mueren otros dos hombres, luego otro y otro más. Todos por la misma fiebre africana que hincha el cuello y cubre la piel de ampollas y la vuelve roja y en algunas partes negra. El capitán se ve obligado a hacer una escala imprevista en Ragusa para contratar marineros, de los que no tiene referencias ni recomendaciones, que es la clase de navegación apresurada y negligente que prefiere evitar.

Estos marineros nuevos tienen una mirada furtiva y mala dentadura; son reservados, hablan muy poco y en lengua polaca o algo parecido. A la tripulación de la isla de Man no le merecen confianza desde el primer momento y no se comunican con ellos ni están dispuestos a compartir los camarotes.

Sin embargo, los polacos son diestros en la caza de ratas. Se lo toman como una diversión, ponen cebo en un cable y se quedan a la espera con una pala enorme. Cuando aparece la alimaña —lustrosa, con el vientre abultado,

atiborrada como está de raciones de la marinería— saltan sobre ella gritando y cantando y la matan de un palazo, y los sesos y las entrañas del animal salpican las paredes y los techos. Después le cortan el rabo, se lo cuelgan del cinturón y se pasan entre ellos una botella de líquido claro del que beben todos.

Esto revuelve las tripas a cualquiera —dice un marinero de Man al grumete, mirando desde el otro lado del camarote—, ¿verdad? Y se da una palmada en el cuello, en el hombro; está todo infestado de pulgas. Malditas ratas, gruñe para sí, y se da media vuelta en la hamaca.

En Venecia no van a quedarse mucho tiempo —el capitán tiene prisa por llevar el cargamento a Inglaterra, cobrar su estipendio, terminar de una vez con este viaje del demonio—, pero mientras cargan y descargan, ordena al grumete que vaya a buscar gatos para el barco. El chico salta al muelle con entusiasmo; está deseando salir del barco, librarse de los techos bajos y asfixiantes, del hedor a rata, fiebre y muerte. Hoy han confinado a dos hombres más en su camarote, con fiebre, uno es manés, como él, y el otro, un polaco que ha colgado su cinturón adornado con rabos de rata a su lado.

El chico ya había estado en Venecia en su primer viaje y la encuentra como la recordaba: una ciudad extraña, híbrida, mitad marítima, mitad de tierra, con el agua verde como el jade lamiendo los escalones de las casas, un resplandor de luces mortecinas en las ventanas, un laberinto aturdidor de callejuelas que desembocan unas en otras y de puentes arqueados. Un sitio en el que puede perderse con toda facilidad entre la niebla, las plazas cuadradas, los altos edificios y el tañido de campanas de las iglesias.

Se queda un momento mirando a la tripulación, que carga embalajes y sacos dándose gritos en una mezcla de manés, inglés y polaco. Un veneciano empuja hacia los marineros un carretón repleto de cajas; también él empieza a gritar en su propia lengua. Gesticula señalando a los marineros y a las cajas sin soltar el carretón, y el chico ve que le faltan dos dedos y que el resto de la mano tiene un aspecto raro, como de cera líquida. El hombre llama a los marineros, señala el barco con la mano buena, las cajas, y el chico ve que el carretón está a punto de volcarse, que las cajas no tardarán en desparramarse por todo el muelle.

De un brinco, alcanza el carretón y lo endereza; sonríe al ver la cara de asombro del hombre de la mano mutilada y después se va a la carrera porque

debajo de un puesto de pescado ha visto la cara bigotuda y triangular de unos cuantos gatos.

Ninguno de los dos lo sabe, pero la pulga que saltó del mono de Alejandría —que en la última semana aproximadamente ha vivido en una rata, y antes, en el cocinero que murió cerca de Alepo— pasa del niño a la manga del maestro vidriero y desde allí sube hasta la oreja izquierda y le pica detrás del lóbulo. Él no se da cuenta porque está aterido a causa del aire frío y de la niebla del canal y en lo único que piensa es en conseguir que esas cajas suban a bordo del barco y en que le paguen, para poder volver a Murano, donde tiene muchos encargos que preparar y seguro que los fogoneros están peleándose otra vez aprovechando su breve ausencia.

Cuando el barco dobla la punta de Sicilia, el segundo oficial ha caído enfermo de fiebre africana, tiene los dedos morados y negros y el cuerpo tan caliente que el sudor se cuele por los nudos de la hamaca y cae al suelo. Lo entierran en el mar, junto con dos polacos, frente a la costa de Nápoles.

Cuando no están matando ratas, los gatos venecianos hacen honor a sus orígenes echándose a dormir en la bodega, encima de las cajas de cuentas de Murano. Algo tienen estas cajas en la superficie de madera, en los nudos que las cierran, en las marcas venecianas de tiza de los lados, que los atrae sin remedio.

Poca gente frecuenta la bodega durante el viaje, por eso, cuando los gatos se mueren —en sucesión, uno tras otro—, los cadáveres se quedan allí, encima de las cajas, sin que nadie lo sepa. Las moscas saltan de las ratas moribundas al pelo rayado de los gatos, andan por las cajas y se instalan entre los trapos de relleno de los centenares de diminutas y multicolores cuentas *millefiori* (los trapos en los que las envolvió el compañero del maestro vidriero, el mismo maestro que ya está en Murano, donde la fábrica se ha parado porque muchos operarios han caído enfermos de una fiebre virulenta y misteriosa).

En Barcelona, los pocos polacos que quedan saltan a tierra y desaparecen en la confusión del puerto. El capitán aprieta los dientes y dice a los hombres que seguirán adelante, por agotados que estén. Que entregarán la carga de clavo, telas y café y largarán velas.

Los hombres obedecen. El barco atraca en Cádiz, después en Oporto, luego en La Rochelle, han perdido más hombres por el camino, y por fin,

ponen rumbo al norte y a Cornualles. Cuando entran en Londres solo quedan cinco tripulantes.

El grumete sale a buscar un barco que vaya a la isla de Man, todavía con el pañuelo, antaño rojo, atado al cuello, y la única gata superviviente de Venecia bajo el brazo; los otros tres hombres se dirigen a una taberna del otro lado del puente de Londres; el capitán pide un caballo que lo lleve a casa, con su mujer y su familia.

El cargamento, sin descargar, parado en la aduana, se distribuye poco a poco por todo Londres: el clavo, las especias, las telas y el café para los comerciantes, que los venderán; las sedas a palacio; el cristal para un tratante de Bermondsey; las balas de textiles para los vendedores de telas y merceros de Aldgate.

Las cajas de cuentas de vidrio que fabricó el maestro vidriero en la isla de Murano justo antes de perder los dos dedos pasan casi un mes en la estantería de un almacén. Después, despachan una a un sastre de Shrewsbury, otra a York, a un joyero de Oxford. La última caja, la más pequeña del cargamento, envuelta todavía en los trapos recogidos de la vidriería veneciana, la lleva un mensajero a una posta del extremo norte de la ciudad, donde se queda una semana más. Después, el posadero la saca fuera, junto con un paquete de cartas y otro de encaje, y se lo entrega todo a un hombre que se dirige a Warwickshire a lomos de un caballo.

Mientras cabalga, las alforjas de cuero suenan rítmicamente, clic, clic, clic; las cuentas saltan a la vez con el movimiento del caballo, sus seis colores dan vueltas y vueltas, se frotan unas con otras. En las dos jornadas que dura el viaje, el hombre se pregunta qué habrá en la caja envuelta, qué será lo que hace ese ruidito tan limpio y suave.

Se rompen dos cuentas, aplastadas bajo el peso de sus iguales. La superficie de cinco de ellas se desportilla irreparablemente. A cada paso del caballo, las que más pesan van quedándose poco a poco en el fondo.

Las pulgas que hay entre los trapos salen, hambrientas y agotadas después de la estancia en el almacén sin anfitrión alguno. Sin embargo, no tardan en recuperarse, en rejuvenecer, y saltan del caballo al hombre y del hombre al caballo y a las diversas personas con las que el jinete se encuentra en el

camino: una mujer que le da un cuartillo de leche, un niño que se acerca a acariciar al caballo, un joven en una taberna del camino.

Cuando llega a Stratford, las pulgas han puesto huevos: en las costuras de su jubón, en las crines del caballo, en las puntadas de la silla, entre la filigrana y las ondas del encaje, en los trapos que protegen las cuentas. Estos huevos son los biznietos de la pulga del mono.

El hombre entrega las cartas, el paquete de encaje y la caja de cuentas a un mesonero de las afueras de la villa. Las cartas llegan a su destino de una en una, las reparte un niño a cambio de un penique (una llega casualmente a Henley Street, porque el marido que está en Londres ha escrito a la familia para contarles que se ha dislocado una muñeca al caerse por unas escaleras, y que su hospedero tiene un perro, y que están a punto de irse a Kent a representar una obra de teatro). Un par de días después una mujer de Evesham recoge el paquete de encaje.

El jinete vuelve a Londres en su caballo y se da cuenta de que el movimiento lo incomoda un poco: nota un dolorcillo bajo el brazo, un punto sensible. Pero no le presta mayor atención y continúa el viaje.

El mismo niño del reparto entrega la caja de cuentas a una costurera de Ely Street. A la costurera le han encargado un brial para la mujer de un miembro del concejo; quiere estrenarlo en la fiesta de la siega. Dicen que esta mujer estuvo en Londres y también en Bath en su juventud, por eso es tan refinada en el vestir. Le pidió a la costurera que le adornara la pechera con cuentas venecianas, de lo contrario el traje no tendría ningún valor para ella. Ninguno.

Por eso la costurera mandó recado a Londres, que a su vez lo mandó a Venecia, y esperaron días y días, y la mujer del miembro del concejo estaba preocupada por si las cuentas no llegaban a tiempo, y escribieron otra vez a Londres, y nada, pero por fin aquí están.

MAGGIE O'FARRELL, *Hamnet*, Libros del Asteroide, Barcelona, 2021.